

# BOSQUEJO DEL PENSAMIENTO POSTMODERNO\*

Amalia Quevedo

**Resumen:** Como el título indica, el artículo traza un bosquejo del pensamiento postmoderno, su génesis a la sombra de la revolución parisina de mayo del 68, algunos de sus planteamientos, y el nuevo giro que ha impreso a la filosofía.

**Palabras clave:** Postmodernidad, Francia, mayo de 1968, modernidad, diferencia.

**Abstract:** As it can be read in the title, this article sketches the postmodern thought, its genesis under the Paris revolution in May 68, some of its statements and the new turn it has given to the philosophy.

**Key Words:** Postmodernity, France, May 1968, modernity, difference.

**Résumé:** Comme son titre l'indique, l'article trace un croquis de la pensée postmoderne : sa genèse à l'ombre de la révolution parisienne de mai 68, certaines de ses problématiques et le nouveau virage qu'elle a donné à la philosophie.

**Mots clef :** Postmodernité, France, mai 1968, modernité, différence.

---

\* Texto parcial de la lección magistral pronunciada en el acto académico de apertura del nuevo curso, enero de 2003.

Muchas cosas han cambiado en los últimos años, también en la filosofía. Precisamente de eso quiero hablarles: de las transformaciones operadas por el pensamiento postmoderno, un pensamiento que en buena parte inspira la revolución universitaria de mayo del 68, a la par que se nutre de ella.

Es verdad que ya no vemos la revolución universitaria. Es verdad que al llegar a la Sorbona todo nos lleva incluso a preguntarnos, incrédulos, si realmente se dio una tal revolución. Todas sus trazas parecen haber sido cuidadosamente borradas por el sistema. Y sin embargo, si no vemos la revolución del 68 es porque todavía estamos inmersos en ella: no la vemos porque nos permea por completo y nos rodea por doquier; no la vemos porque en ella vivimos, lo sepamos o no.

Numerosos intelectuales europeos consideran que la revolución de mayo del 68 ha sido la única verdadera revolución. Y parece darles la razón el hecho incontestable de que continuamos inmersos en sus dos grandes vertientes, a saber: la revolución cultural y la revolución sexual. Dos revoluciones de largo alcance, que han transformado igualmente la imagen del mundo y la imagen del hombre. Dos revoluciones que, habiéndose incubado en el ámbito académico, se han propagado hasta llegar a impregnar todas las dimensiones de la vida y de la cultura, aun las más banales.

Pero ya no se puede hablar de banalidad; ya no hay cosas banales, como no hay cosas intrínsecamente valiosas. El pensamiento postmoderno no reconoce jerarquías y las abole todas. Como tampoco reconoce la existencia de identidades firmes que se susstraigan a la erosión de la historia o puedan reclamar un origen natural, al amparo de las construcciones siempre arbitrarias de los hombres.

El pensamiento postmoderno es el defensor de la diferencia frente a la identidad, del margen frente al centro, de la dispersión frente a la unidad, de la fragmentación frente a la totalidad. Heredero incuestionable de los maestros de la sospecha –Nietzsche,

Marx y Freud–, el nuevo pensamiento desecha de su horizonte la aspiración a la verdad, por considerarla no sólo imposible de alcanzar, sino peligrosa.

En efecto, el pensamiento postmoderno critica la filosofía moderna en sus raíces, descalificando lo que Richard Rorty describe como “el sueño imposible de fundar el conocimiento en un lecho rocoso de verdad que pudiera servir de garantía a los sistemas filosóficos”<sup>1</sup>.

En la postmodernidad, la solidez de la naturaleza cede su lugar al flujo vertiginoso de la historia, la intemporalidad del concepto a la palabra signada de contingencia. La lógica es sustituida por el juego libre, la necesidad por la mera posibilidad absuelta, la certeza por la pluralidad de perspectivas. El imperativo ético se diluye a su vez para dar paso a las reivindicaciones estéticas, lo social se revela como una simple máscara de la voluntad de poder. Las fronteras se borran, las jerarquías se allanan.

La postmodernidad se propone borrar todos los límites, arrasar todas las fronteras: entre filosofía y literatura, entre filosofía y crítica cultural, entre filosofía y teoría social. Se trata de subvertir fronteras y prácticas académicas, de inaugurar nuevos modos de escribir, de romper con las instituciones y la política del pasado.

En consonancia con esto, los levantamientos intelectuales son a la par levantamientos políticos: en mayo del 68 se aúnan revolución estudiantil y huelga general de trabajadores. Se politiza la educación universitaria. La producción de conocimiento es criticada como instrumento de poder y dominación, y la institución universitaria como burocracia estultificante, conformismo organizado, acopio de saberes especializados y compartimentalizados irrelevantes para la existencia. La universidad, el liceo, la prensa y la televisión son reputados como mecanismos enmascarados del sistema capitalista, que los emplea para conservar el poder.

1 RORTY, RICHARD, *Philosophy and the Mirror of Nature*, 1979.

Desde sus albores, el pensamiento postmoderno se presenta como un pensamiento claramente vital. Es justamente su compromiso con la vida lo que lo impele a tematizar la muerte. El nuevo pensar no sólo no soslaya el tema siempre actual y siempre acuciante de la muerte, sino que en algunas de sus formas se erige a sí mismo como un pensar de la muerte, e incluso como un pensar desde la muerte, si tal cosa fuera posible. Es lo que pretenden, a mi juicio, Jacques Derrida y Maurice Blanchot.

La muerte en este caso no es sólo la muerte del autor (Barthes) o la muerte del hombre (Foucault). La muerte es el nuevo horizonte hermenéutico que se inaugura con la muerte de Dios y que conduce sin solución de continuidad al final de la metafísica. En efecto, buena parte de la filosofía contemporánea se sitúa en el espacio abierto a finales del siglo XIX por la proclamación nietzscheana de la muerte de Dios.

Por decirlo en forma breve y escueta, so pena de simplificar, el nuevo pensar postmoderno es uno que ha sabido tomar en serio a la muerte. "¿No es la muerte –se pregunta Foucault– aquello a partir de lo cual es posible el saber general?"<sup>2</sup>. En el Antiguo Testamento se lee que el temor de Dios es el inicio de la sabiduría. Estas dos afirmaciones, aparentemente muy alejadas, me parece que en el fondo expresan lo mismo: el temor a lo irremediable, a lo que se nos escapa, como hontanar de la verdadera sabiduría. "La muerte –insiste Foucault– sorprende a los vivientes desde el fondo de su vida"<sup>3</sup>.

La muerte, la deconstrucción, la filosofía como género literario, la diferencia, la repetición, el arte, son algunos de los temas más caros del nuevo pensar postmoderno. Adentrarnos en cualquiera de ellos nos llevaría demasiado lejos y despertaría sin duda perplejidades como la del doctor Samper. Me limitaré por tanto a trazar un bosquejo simple de este nuevo modo de pensar.

El pensamiento postmoderno surge en neta oposición al moderno, como aquél que sucede al pensar moderno y lo cancela a la vez. La postmodernidad se erige contra los discursos y prácticas de

la modernidad, que son juzgados como opresores y, en definitiva, como ya extintos.

La postmodernidad rechaza las teorías unificantes y totalizantes como mitos racionalistas de la Ilustración, que no dejan de ser reduccionistas, y que eclipsan la índole diferencial y plural de lo social, a la vez que entrañan la supresión del pluralismo, la diversidad y la individualidad en favor de la conformidad y la homogeneidad. En oposición directa a la visión moderna, la óptica postmoderna revalúa la inconmensurabilidad, la diferencia, la fragmentación, como antídotos contra los modos modernos de teoría y racionalidad, que son calificados de represivos.

Contrincantes de Hegel, de la dialéctica y del proyecto ilustrado en general, los pensadores postmodernos niegan la continuidad de la historia y desafían la noción de historia monolinear, desechándola como un viejo mito ilustrado. Es éste el sentido en el que a veces se habla hoy de post-historia.

En efecto, el pensamiento postmoderno –plural, abierto y diferenciado– entraña el rechazo del modelo ilustrado de progreso histórico. Según esta noción de progreso, cualquier actividad política emancipadora, sea del tipo que sea, depende de un modelo lineal de tiempo en el que los logros de una generación pasan a la siguiente. Tal es el modelo moderno de historia, que postula un progreso acumulativo hacia la realización de un fin distante idealizado. En esta línea, el marxismo proporciona el ejemplo más claro de un fin emancipador a largo plazo, garantizado por la historia misma.

El marxismo es una teoría típicamente moderna y como tal es lúcidamente criticada por los filósofos postmodernos, que no dudan en tomar de ella, sin embargo, la crítica al capitalismo.

El pensamiento postmoderno, que se abre paso en el último tercio del siglo XX, opera en el mismo campo de batalla de toda la filosofía de este siglo: el lenguaje. Las raíces de este nuevo pensamiento se encuentran en el estructuralismo del lingüista suizo Ferdinand de Saussure, que abordó el estudio del lenguaje desde una perspectiva inédita. A guisa de ejemplo, señalaré tan sólo que la concepción saussureana del lenguaje como algo dado cobra gran

2 *Las palabras y las cosas*. Cap. X, 364.

3 *Ibid.* Cap. VIII, 272.

importancia en el pensamiento de Foucault y Derrida. El lenguaje, como la ley, es algo dado, que encontramos ya hecho.

En razón de su deuda y confrontación simultánea con el estructuralismo, el pensamiento postmoderno ha recibido en algunas de sus vertientes el nombre de postestructuralismo. Uno de los rasgos que la filosofía postmoderna comparte con el estructuralismo, del que brota y se separa a la vez, es el rechazo conjunto del humanismo, de la fenomenología y del existencialismo.

Fenomenología y existencialismo se repartieron el terreno de la filosofía y de las ideas en general en la devastación de la postguerra. El humanismo existencialista conquistó en pocos años las más variadas esferas del saber, y Sartre se convirtió en el paladín de una nueva época que algunos no dudaron en bautizar –presuntuosa, si no prematuramente–, como “el siglo de Sartre”.

En medio de este panorama casi hegemónico se despierta una nueva generación que, al igual que el propio Sartre, se forma en buena parte en la *École Normale Supérieure* de París, a la sombra de Louis Althusser, el padre del estructuralismo marxista.

Por otra parte, la antigua colonia francesa que por esos días conquista su independencia, hace su doble aporte a los movimientos intelectuales que ahora se enfrentan. Argelia es tanto la cuna de Albert Camus, que modela las ideas existencialistas hasta darles la forma de la mejor literatura, como de Jacques Derrida, el más agudo de los pensadores franceses contemporáneos y la voz más original que tiene hoy la filosofía.

El barrio latino de París bulle de ideas novedosas que se desarrollan y enfrentan en este lugar privilegiado del mundo, comparable tan sólo con el ágora de la antigua Atenas. De esta colina de la capital francesa, que se alza sobre la orilla izquierda del Sena, surgirán las concepciones y los modos que transformarán no sólo a la juventud rebelde o a la clase obrera inconforme, sino a la entera cultura occidental.

Ahora bien, el debate postmoderno, que afectará a todas las ciencias, a todas las artes, a las formas sociales y a las instituciones, y que generará

nuevos modos de vida, no germina en cenáculos filosóficos o círculos intelectuales más o menos clausurados, sino que nace en el ámbito ya de suyo coyuntural de la arquitectura. La arquitectura y la literatura generan y acogen pronto este nuevo modo de pensar, y es en ellas donde aparecen los primeros frutos, las primeras cristalizaciones de las nuevas ideas postmodernas.

En efecto, la fuerza irónica de la arquitectura postmoderna, su eclecticismo radical, parecen dar credibilidad inmediata a la teoría postmoderna, de la que los edificios postmodernos constituyen algo así como pruebas visibles y signos palpables. Esta novedosa arquitectura reivindica lo vernáculo con énfasis en lo local y particular, en abierta oposición al universalismo modernista. Ecléctica, ambigua, humorística y sin pretensiones, la arquitectura postmoderna propugna un retorno a la ornamentación, con referencia al pasado histórico y a su simbolismo, pero en la forma irónica de la parodia, el pastiche y la cita.

Aunque el debate postmoderno rebasa pronto los límites de la arquitectura y de la teoría literaria, extendiendo su confrontación a todos los ámbitos del saber, los círculos de los arquitectos y las facultades de literatura continúan siendo ámbitos privilegiados de discusión y difusión de las ideas postmodernas.

En el campo propiamente filosófico el pensamiento postmoderno se incuba, como ya vimos, en la Francia de los años sesenta. En este sentido, Francia se arroga ser la cuna de Descartes –es decir, de la modernidad–, de la Ilustración y también de la postmodernidad. En estrecha conexión con los acontecimientos de mayo del 68, sus principales representantes son los pensadores franceses Michel Foucault, Gilles Deleuze, Jean-François Lyotard, Jean Baudrillard y Jacques Derrida.

Todos ellos, a pesar de las diferencias enormes que los separan, cultivan un común denominador que nos permite agruparlos bajo el vasto concepto de postmodernidad. Ahora bien, con excepción de Lyotard, los demás rechazan explícitamente la etiqueta de postmodernos.

Este común denominador se condensa en la crítica a la representación, la descalificación de la no-

ción ilustrada de progreso y de los conceptos ilustrados en general (el sujeto autónomo y racional, por ejemplo), la apología de la diferencia frente a la identidad, de la multiplicidad frente a la unidad, de la fragmentación frente a la totalidad, y finalmente el rechazo del origen a favor de la repetición y la alteridad.

Como es evidente, las propuestas postmodernas se traducen y se modifican a la vez por su imbricación práctica con las recientes tecnologías de la información y la comunicación, así como por las nuevas formas de experiencia que éstas abren. El caso más obvio es el de la profunda transformación sufrida por nuestra experiencia básica del espacio y del tiempo.

En la postmodernidad, las grandes teorías de la modernidad ceden el paso a modestas microteorías, las políticas omniabarcantes a micropolíticas, la certeza conquistada al perspectivismo. El lugar de la determinación lo ocupa ahora lo indeterminado, el del orden el caos lúdico. La consciencia omnimoda que gobernaba todo el campo del conocimiento, desde Descartes hasta Husserl, es puesta en tela de juicio por el descubrimiento del inconsciente. La causalidad, que regía todas las operaciones de la naturaleza y de la ciencia, es destronada por el azar. Finalmente, el sujeto racional y unificado de la modernidad es desplazado por una máscara sin rostro, sustentada por el aliento anónimo de la voluntad de poder.

La postmodernidad rechaza de cuajo las propuestas de la Ilustración, propuestas que habían sido acogidas de manera casi omnimoda por Occidente, y que habían terminado incluso por absorber y neutralizar la crítica lúcida que de ellas hiciera el Romanticismo.

El pensar postmoderno descalifica la presuntuosa razón moderna, que se consideraba a sí misma como fuente de progreso en el conocimiento y en la sociedad, lugar de la verdad, y fundamento de los sistemas de conocimiento y de acción. El nuevo pensar derriba asimismo las pretensiones universales y totalizantes de la razón moderna, y en su lugar reivindica lo individual y lo local.

Atrás quedan las macroteorías imponentes, los sistemas sin fisuras y todas las formas de represen-

tación. Pero, como era de esperar, el alegre barrido postmoderno no barre tan sólo escorias y desaciertos del pensamiento occidental, sino que arrasa de paso con los mismos fundamentos que lo sostienen, tales como la noción de sentido y la de significado. Un golpe letal, no sólo para el pensamiento ilustrado, y ni siquiera para el clásico, sino para el pensar postmoderno mismo, que queda irremediablemente a la deriva, privado de toda posibilidad de justificación y cuestionado en su misma legitimidad.

En este sentido, no es del todo gratuita la crítica de algunos defensores de la modernidad, que no dudan en acusar al pensar postmoderno de escepticismo y relativismo, poniendo al descubierto su innegable cadencia nihilista. Un panorama que los críticos de la postmodernidad no han dejado de calificar de siniestro, subrayando su aspecto destructor o, si se prefiere, deconstructor.

Frente a esto, el pensamiento postmoderno cuenta en su haber con innegables conquistas. Rompe el círculo cerrado de las especializaciones mutuamente incomunicadas y abre el vasto campo de lo interdisciplinar, subraya el valor estético, libera el quehacer y el lenguaje filosóficos de academicismos rancios desconectados de la realidad inmediata.

El nuevo pensador postmoderno se parece más a los filósofos de la antigua Grecia que a los de la modernidad. No es ya el celoso propietario de un saber fosilizado, adquirido en la atmósfera enrarecida de bibliotecas y academias situadas al margen de su tiempo. Su lenguaje no es una jerga esotérica para iniciados, su escritura no es un ejercicio lógico penoso para los espíritus formados al aire libre. El pensador postmoderno habla la lengua de los demás hombres, sus contemporáneos, reflexiona sobre los mismos asuntos que inquietan a éstos, escribe sobre los sucesos que llenan las páginas de los periódicos.

El pensador postmoderno, no siendo propiamente un filósofo en el estricto sentido académico, lo es sin embargo en el sentido cabal señalado por Hegel, pues el pensador postmoderno es un hombre que piensa su propio tiempo. Y lo piensa no desde fuera, desde una presunta atalaya de superioridad y excentricidad, sino desde el interior mismo del mundo en el que vive.

Los escritos de estos nuevos pensadores no son aquellos tratados artificiosos erizados de divisiones, sino obras ágiles que traspasan las fronteras antes infranqueables de la literatura. Abolidas las endebles diferencias entre quehacer filosófico y vida ordinaria, entre discurso especializado y lenguaje literario, el filósofo postmoderno se ha convertido en alguien cercano al hombre de la calle, no porque haya adoptado con éxito alguna estrategia artificial, sino porque no ha abdicado de su condición de hombre corriente sujeto al error.

A despecho de su fuerza destructora, de sus desgarramientos interiores y de la fragilidad de algunos de sus planteamientos, el pensamiento postmoderno abriga promesas de insospechada fe-

cundidad. De él bien podría resurgir, en evidente paradoja, la maltrecha metafísica occidental, cuya muerte, clausura y cancelación se encuentran en el origen mismo del pensar postmoderno. La radicalidad de sus propósitos, la lucidez de sus críticas y la profundidad de sus propuestas me llevan a esperar que de la filosofía postmoderna, como de sus cenizas, pueda alzarse un día, renovada, el ave fénix de la metafísica.

Aunque por razones bien diversas de las de Foucault, comparto con él la esperanza en el advenimiento de un nuevo modo de pensar. Como el filósofo francés, considero que asistimos al paulatino pero implacable "despliegue de un espacio en el que, por fin, resulta posible pensar de nuevo". ■